

— Mari-Cruz, resígnate con la voluntad de Dios, que quizá te ha hecho un bien muy grande rompiendo los lazos que te unian con ese hombre. El día que yo te falte no quedarás desvalida en el mundo, pues considerando que eras el primer pobre con quien yo debía ejercer la caridad, hace muchos años he ido apartando para tí el primer óbolo de los que destinaba diariamente á los pobres, y así aparecerán en mi gabeta dos mil ducados que hace tuyos mi testamento, otorgado ya.

Iba Mari-Cruz á expresar su agradecimiento al señor Rector uniendo sus palabras á las lágrimas de consuelo que habian reemplazado á las de dolor, cuando se detuvo al oír á Diegóchu, que se anunciaba escalera arriba con su habitual exclamacion de :

— ¡La paz de Dios sea en esta casa!

— ¿Qué hay, amigo Diegóchu? le preguntó alegre y bondadosamente el señor cura.

— ¡Qué ha de haber; señor Rector, contestó el buen anciano, que Dios es justo dando á cada uno lo que merece, como lo prueba el haber dado á Jatunándi por mujer á la Cascabelera, y á la Cascabelera por marido á Jatunándi. ¡Siempre va la penitencia en el pecado!

— ¡Qué verdad dices, amigo Diegóchu! exclamó el señor Rector, y añadió dirigiéndose á Mari-Cruz :

— Mari-Cruz, ya que la gente se divierte esta tarde en el campo de Andueza, justo es que nosotros nos divertamos en casa. Esta tarde hemos de merendar aquí los tres juntos una fritada de magras con tomate de aquellas que tú sabes hacer, para celebrar Diegóchu, tú y yo la boda de Jatunándi y la Cascabelera.

Mari-Cruz soltó una alegre carcajada y se fué hácia el comedor para preparar la mesa al señor cura y la jarri-lla á Diegóchu, miéntras el señor Rector daba á probar á Diegóchu un riquísimo tabaco *pipero* que le habian traído aquel mismo día de San Sebastian.

XLII.

¡AQUÍ ESTÁ!

El narrador de Olaechea ha terminado su narracion con aplauso de su auditorio, que aunque éste no tenga otras razones para juzgarle con benevolencia, tiene la de pensar que es el primero y casi el único que ha consagrado su vida á dar á conocer al mundo el pasado y el presente del pueblo *euscaldun*, que era casi desconocido, y por tanto con frecuencia calumniado.

Un murmullo extraordinario se alza en el campo, y la muchedumbre corre y se arremolina hácia la subida de Olaechea.

— ¡Los señores! ¡los señores bajan! exclama la muchedumbre.

Y en efecto, de la blanca, grande y hermosa casa que corona la colina salen multitud de personas, que descenden lentamente y en animada conversacion hácia el nocedal, y el balcon y las ventanas de Olaechea se llenan de muchachas con traje de sirvientes, que salen á ver y saludar afectuosas y alegres á los que nos ausentamos.

Sí, á los que nos ausentamos, porque yo soy uno de ellos.

Francisco, el compañero de mi infancia, ha santificado en nombre de Dios el dulce amor de Leandro y Rosita en aquella refulgente iglesita de la Virgen del Carmelo, cuya sonora campana canta más alegre y más bulliciosa que nunca al vernos bajar.

Prolongadas y entusiastas aclamaciones resuenan en el nocedal, y entre ellas se distingue la de «¡viva la Señora!»

La Señora es una á quien ciegan las lágrimas de agradecimiento y alegría, viéndose, y viendo á los que la acompañan, objeto de aquella ovacion: ¡la Señora es Mari-Santa!

Todos los que hemos bajado de Olaechea entramos en la hermosa capilla.

El sacerdote ha dicho:

— ¡Sábado y fiesta de la Virgen del Cármen, la Virgen debe ser saludada por nosotros, ántes de alejarnos de su templo, con la Salve, con el cántico más tierno y hermoso de la poesía cristiana!

Y todos hemos pensado y sentido como pensaba y sentía el sacerdote.

La Salve ha terminado, y la despedida comienza. Multitud de carruajes nos esperan á la salida del nocedal.

En el pescante de uno de ellos, al lado del cochero, está un viejecito, cuya alegría hace reír á cuantos le ven y oyen. Es Chómin, que asegura no haber bebido en la Jamaica, con ser Jamaica, una copa de ron como la que en Olaechea le ha escanciado su ama D.^a Mari-Santa, ni

haber fumado en la Habana, con ser Habana, un cigarro como el que en Olaechea le ha regalado su amo don Juan.

— Chómin, le dice uno de los circunstantes, hoy se debiera V. morir para morir alegre.

— No, contestó Chómin; no quiero morir el dia en que se ha casado mi amo el chiquito, que es pintado á mi amo el grande.

— ¿Pues cuándo si no, Chómin?

— El dia en que se case mi ama la chiquita, que es pintada á mi ama la grande. Viejo soy, pero ya irémos tirando hasta ese dia, que no debe estar léjos.

Chómin calla, porque los señores se acercan.

Doña Mari-Santa, Teresita, el señor cura y D. Juan van á ocupar la carretela en cuyo pescante se ha encaramado Chómin, sin duda para excomulgar mejor desde allí á la *fera* en el alto de Aldamira.

Los padres de Rosita, D. Joaquin y yo tenemos preparada otra carretela, en cuyo pescante se ha acomodado un guapo aldeanito, en quien reconozco á Martin cuando le oigo llamar *amá* y *aitá* á los padres de Rosita.

Pasaré por alto las despedidas entre los que nos vamos y los que se quedan, y sólo referiré algunos de sus episodios.

Don Joaquin y yo nos acercamos á la carretela de Mari-Santa ántes de subir á la nuestra, donde ya hemos colocado á los suegros de Leandro, que están muy alegres, aunque nada más que alegres.

— Vamos, digo á Mari-Santa, hoy ha estado el cielo completamente sereno.

— Sí, gracias á Dios, aunque tambien ha tenido su nubecilla.

— ¿Cuál?

— ¿No ve V. que no han querido acompañarnos los cascarrabias de Aurrecoechea so pretexto de que no están para fiestas?

— Es verdad.

— Yo lo siento por los pobres de sus ahijados, que hoy se han acordado mucho de ellos.

— Me parece que ótra nubecilla anda tambien por el cielo.

— No sé cuál.

— Leandro no se olvidará de Gorostiza, y tan hijo de su madre será casado como soltero; pero como V. es tan madrota, le parecerá que le falta su hijo.

— Aunque así fuera, me contesta Mari-Santa sonriendo y mirando cariñosamente á D. Joaquin, me consolara con otro.

Teresita se pone colorada, y D. Joaquin se sonrie regocijado y agradecido.

— Sí, dice Francisco placentemente, preparo á Teresa su estampita, que no ha de ser ella ménos que Rosa.

Por supuesto, Leandro y Rosa son de los que se quedan.

La partida llega, y los recién casados me dan el último apretón de manos.

— Leandro, digo á éste por lo bajo, pero no tanto que no lo oiga Rosa, perdemos las amistades si por la musa de Goyérri olvida V. á las del Parnaso.

— No las olvidaré. Esta noche, digo mañana por la noche, completaré mi trilogía poética con un nuevo canto que ha de titularse *¡Aquí está!*

Los coches parten, entre vítores de la muchedumbre, y D. Joaquin y yo saltamos al nuestro, que parte tambien.

Llegamos á Castrejana y allí nos detenemos todos, no tanto para descansar ántes de emprender la cuesta que allí comienza, como para recrearnos con los atractivos de diversa índole que aquel lugar ofrece.

Altísimas montañas á derecha é izquierda. Por el fondo del estrecho y profundo valle, el caudaloso Cadagua, que ruge de furor viendo que una fuerte presa de sillares osa oponerse á su paso. A modo de altísimo arco triunfal levantado para solemnizar la union del rio con la mar, que sale allí á su encuentro, el puente, construido en el siglo xv, no por el diablo, como el vulgo supone atribuyendo al espíritu maligno el arte de edificar, cuando sólo posee el de destruir, sino por el maestro Pedro Ortiz de Lequeitio. En la ladera de la izquierda, una serie de blancas caserías que en toda estacion se destacan sobre el fondo verde-claro de las heredades nunca baldías que las rodean, y el fondo verde-oscuro de los madroñales que á su vez rodean á las heredades. Allá arriba, donde las caserías terminan, la veneranda ermita de Santa Águeda, cuya gloria cantan, como Dios les da á entender, una vez al año los *versularis* baracaldeses, andando de casería en casería, donde obtienen por premio de sus cantares más de lo que obtienen los *versularis* madrileños por premio de los suyos: ¡chorizos, huevos

y torreznos! Más abajo del puente, en la margen izquierda del rio, primero una gran ferrería y luégo las melancólicas ruinas del puerto de Zubileta, que un tiempo tuvo gran celebridad, porque era el destinado al embarque de la castaña, cuando este fruto abundaba en las Encartaciones, donde hoy escasea. En la orilla derecha, casi frente al puente fantaseado por la imaginacion popular, algunas casas y las ruinas de un molino. El pueblo, que nos avergüenza á los averiguadores de antigüedades con la facilidad con que averigua con todos sus pelos y señales las más recónditas y misteriosas, afirma que en aquel molino trazó el diablo los planos del puente, y añade que todavía se le ve entre aquellas ruinas, compas en mano, descornándose por proyectar otro que enlace las veneras de Vizcaya con las ferrerías de Inglaterra, á fin de que los industriales ingleses no le abran una claraboya en el techo de su infernal palacio á fuerza de profundizar en busca de vena inglesa, que ya ni áun acercándose á los profundos abismos encuentran.

En la contemplacion de estas y otras bellezas y curiosidades nos entretenemos cabe el puente de Castrejana. Los ojos de Mari-Santa están enjutos y brilla la felicidad en ellos; pero de repente aparece el médico de Abando, que viene corriendo y acompañado de un mozo tizado de carbon y vena, que debe de haber ido á llamarle á toda prisa.

—¿Qué ocurre, D. Cosme? le pregunta doña Mari-Santa sobresaltada.

—Nada, señora, contesta el médico sin detenerse; que se han herido uno á otro dos operarios de la fábrica.

—¡Jesus, qué desgracia! ¿Y cómo ha sido eso?

—Nada, se pusieron á disputar sobre si Castelar tiene razon ó la tiene Aparisi.....

—¿Pero son las heridas graves?

—Pues nada; segun dice este mozo, uno de ellos tiene las tripas fuera y al otro se le ven los sesos.

—¡Qué horror, Dios mio! exclama doña Mari-Santa espantada, y ella y su hija casi prorumpen en llanto. ¡Por Dios, añade la primera dirigiéndose á su marido y á Francisco, pasen VV. el rio y vayan á la fábrica: usted, señor D. Francisco, por si los heridos necesitan los auxilios espirituales, y tú, Juan, por si necesitan otros auxilios!

Francisco y D. Juan se alejan á pié hácia el puente, que no permite, por su estrechez y elevacion, el paso de coches, pero se detienen oyendo decir á un hombre que viene de hácia la fábrica:

—D. Cosme, llega V. tarde, pues han muerto ya los dos.

Esta noticia nos contrista profundamente á todos, y hace prorumpir en llanto á doña Mari-Santa y á Teresita.

—Prestémosles el único auxilio que ya podemos prestar á esos desventurados, dice el sacerdote descubriéndose la cabeza.

Y encomendamos todos á Dios el alma de los que han sacrificado su vida y quizá la de su familia á hombres y teorías que quizá sólo conocian de nombre!

—Dios, añade Francisco con honda tristeza, habrá tenido en cuenta su inocencia; que inocente como un

párvulo tiene que ser el que, con venda en los ojos, juzga lo humano, como se debe juzgar lo divino!

El hombre que venía de la fábrica, cruza por nuestro lado.

—¿Tenian familia? le pregunta doña Mari-Santa la cónica y ansiosamente.

—Los dos eran casados y dejan en la miseria mujer é hijos pequeños, contesta el hombre y sigue su camino.

Doña Mari-Santa mira á su marido de modo tal, que D. Juan, arrasándosele los ojos en lágrimas, contesta á aquella mirada estrechando la mano de su mujer, y diciendo á ésta por lo bajo:

—¡Aun tienen padres los hijos de esos desdichados!

Poco despues emprendemos, todos silenciosos y tristes, la subida de la larga cuesta.

Yo voy pensando en otros tiempos y otros hombres.

Á fines del siglo XIII, las guerras de bandería, que no cesaron hasta fines del siglo XV, en que les dió el golpe de gracia la gran Isabel la Católica, ensangrentaban el litoral cantábrico, en cuya parte oriental los bandos contendientes se distinguian con los nombres de *oñecinos* y *gamboinos*.

El linaje de Leguizamon, cuyo originario solar está en la península de Echébarri, más arriba de Bilbao, era enemigo de los de Careaga y Martiartu. Diego Perez de Leguizamon, anciano de ochenta años, era por los de 1280 pariente mayor de su linaje, y cabalgando un dia en una mula, en compañía de noventa peones de su bando, al emprender la subida de esta ladera, entónces aún más poblada de árboles que ahora, siguió el cami-

no de las mulas, como entónces se llamaba á éste que ahora podemos llamar camino de los coches, y sus peones tomaron el atajo.

Cuando los peones llegaron á la cumbre, se detuvieron á esperar al anciano, y no tardaron en ver que la mula llegaba sin jinete.

Llenos de inquietud, bajaron en busca de Diego, y le encontraron decapitado!

Quince peones del bando enemigo habian visto á Diego y los suyos bajar de la Encartacion por la ribera del Cadagua, y calculando lo que sucedió, es á saber, que los peones tomarian el atajo y Diego seguiria el camino de las mulas, se pusieron en celada, ¡y así degollaron á mansalva á Diego!

Los homicidas estaban ya en la banda opuesta del Cadagua, que habian pasado en una barca por Zubileta, y los de Leguizamon juraron sobre el cadáver de Diego vengar aquella alevosía.

Veinte años más tarde, precisamente aquel en que se fundaba la villa de Bilbao, los hijos de Diego Perez de Leguizamon quemaron en la torre de Martiartu al pariente mayor de este linaje y quince de sus deudos.

Algunos años despues, unidos los de Martiartu, los de Careaga y los de Zamúdio con los alcaldes de la Hermandad, cercaron y combatieron la torre de Leguizamon, y como no se les rindiese, la quemaron, con sesenta hombres y catorce mujeres que estaban dentro. Únicamente se salvó Sancho Diaz de Leguizamon, nieto de Diego, y á la sazón de diez años de edad, á quien, he-

rído de dos saetas, ocultó bajo sus haldas y sacó de entre las llamas su valerosa nodriza.

Estos recuerdos históricos, que siempre me han horrorizado, me horrorizan ahora más que nunca. ¡Maldito de Dios y de los hombres el que ama la guerra civil, sea oñecino ó sea gamboino!

En la planicie de Aldamira todos los carruajes se van deteniendo, porque todos los que van en ellos quieren detenerse un momento á contemplar el hermoso valle de tres leguas ocupado por diez mil hogares. También nuestro carruaje se detiene.... ¡Las que no pueden detenerse son las lágrimas de mis ojos, que no sé qué amargos presentimientos hacen correr cuando contemplo aquel hermoso y amado valle, alumbrado por los últimos rayos del sol poniente, que simulan el rojizo y sanguinolento resplandor de un gran incendio!

El incendio, que aún no se ha extinguido, estalló algunas semanas despues, y no faltó quien ultrajase al pacífico y leal autor de este libro, suponiéndole afinidades con los incendiarios! Dado el espíritu de injusticia que en las luchas fratricidas anima á oñecinos y gamboinos, ¡cómo el autor de este libro no ha de temer que sea ya charco de lágrimas y sangre y ceniza el honrado hogar de Mari-Santa!

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
Lo que es este libro.	7
I. Recuerdos de la infancia.	11
II. El paseo solitario.	15
III. Confidencias.	17
IV. Emboscada.	24
V. Explicaciones.	31
VI. El roble de Arbieto.	35
VII. Las estampitas.	39
VIII. Mari-Santa.	42
IX. La visita.	47
X. Cosas de madre.	53
XI. Poeta y enamorado.	59
XII. Amores angélicos.	65
XIII. La literatura por dentro.	69
XIV. El heroico Chómin.	77
XV. La comida.	82
XVI. La compatibilidad.	87
XVII. Prólogo de una historia.	93
XVIII. El huevo y la castaña.	98
XIX. Sueños y realidades.	105
XX. Hogar desierto.	111
XXI. La encina de la Salve.	119
XXII. Los cantos infantiles.	124
XXIII. Desde el pórtico á las ruinas.	128
XXIV. Mari-Rosa.	135
XXV. Rosita.	141
XXVI. Visperas de Nochebuena.	151
XXVII. Cuartel de invierno.	157